

Centenario de la muerte del Libertador

LECCION DE HISTORIA PATRIA

ADAPTADA POR

JESUS M. OTERO,

INSPECTOR ESCOLAR DE LA SECCION DEL CENTRO,

PARA CONMEMORAR EN LAS ESCUELAS DEL

Departamento del Cauca

EL PRIMER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL

Libertador Simón Bolívar



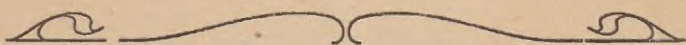
1830—17 DE DICIEMBRE—1930

POPAYAN

IMPRESA DEL DEPARTAMENTO

M 384 Pra 7

Ej 2



CONCEPTOS



República de Colombia—Departamento del Cauca—Dirección de Educación Pública—Número 427—Popayán, 16 de julio de 1930.

Señor don Jesús M. Otero, Inspector escolar del Centro—Presente.

Me es grato referirme a la atenta comunicación de usted número 120, de esta fecha, con la cual ha remitido usted una Lección de Historia Patria para conmemorar en las escuelas del departamento del Cauca el primer centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

Es de justicia felicitar a usted por el trabajo que ha realizado, que contribuirá poderosamente, a no dudarlo, para avivar en la niñez el sentimiento de amor al Padre de la Patria.

Se ha ordenado la publicación, en folleto, de la lección de usted, para repartirla en las escuelas de este departamento y divulgarla en otras partes de la República.

Dios guarde a usted,

RAFAEL OBANDO R.

El connotado historiador don Gustavo Arboleda, en su periódico EL TRABAJO, número 1377 del 25 de julio, dice:

« **La muerte de Bolívar** — Está en prensa un opúsculo de que es autor don Jesús M. Otero, Inspector escolar del Centro. Se refiere a la muerte del Libertador, con motivo del centenario de ese luctuoso hecho.

«El señor Otero, con acopio de documentos y estilo claro y elegante, trata el punto materia de su estudio con todos los datos a él pertinentes. Es, pues, lo más completo que sobre el particular conocemos.»

* * *

Carta del doctor Arcesio Aragón

Señor don Jesús M. Otero.

Estimado amigo.

Con interés y detenimiento he leído la «Lección de Historia Patria» que usted ha escrito para las escuelas del departamento del Cauca sobre el interesantísimo tema de la muerte del Libertador.

La iniciativa de usted contrasta (honrosamente para usted) con la indiferencia injustificable de los altos poderes del Estado ante la aproximación del centenario de aquella luctuosa efemérides; y mucho más aún con la incomprensión y la petulante suficiencia de quienes —diciéndose apóstoles de la verdad histórica— acaban de dejar oír su voz en la propia capital de lo que fue la Gran Colombia para formular

de nuevo cargos y reparos contra la gloria del Héroe, mil veces contradichos y mil veces desvanecidos.

Observa un escritor inglés del pasado siglo, al hablar sobre la contumacia con que en todos los tiempos se ha querido oscurecer la reputación del conquistador de Persia, que ello se explica por esa especie de odio instintivo que el talento profesa al genio; es decir, por el odio natural de las medianías contra todo lo que descuella sobre el nivel común.

Defectos pudo tenerlos el Libertador, porque era un hombre; pero aun en ellos se manifestaba la grandeza de ese hombre, en el cual quiso el Omnipotente

.....del creator suo spiritu
più vast orma stampar

como dijo Manzoni del gran corso, digno par del super-hombre americano. Esos ligeros lunares se han ido borrando con la pátina del tiempo, para no dejar en evidencia sino el astro resplandeciente, cada día más alto y en elación más plácida. Más que ira, compasión merecen los hijos descastados que así se imaginan conseguir la inmortalidad, al modo de Eróstrato, destruyendo lo que no son capaces de comprender y de evaluar.

Reiterando a usted mis felicitaciones, me suscribo como su atento amigo y obsecuente estimador,

ARGESIO ARAGÓN

Trujillo (Popayán), julio 29 de 1930,

OBRAS CONSULTADAS

- José Manuel Groot.* Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada.
- José Manuel Restrepo.* Historia de la revolución de Colombia.
- Felipe Larrazábal.* Vida del Libertador Simón Bolívar.
- Gornelio Hispano.* Historia Secreta de Bolívar.
- ” ” El Libro de oro de Bolívar.
- Posada Gutiérrez.* Memorias histórico-políticas.
- José Ignacio Méndez.* El Ocaso de Bolívar.
- Gustavo Arboleda.* Historia contemporánea de Colombia.
- Scarpetta y Vergara.* Diccionario Biográfico.
- Daniel F. O'Leary.* Memorias.

INTRODUCCION

El 17 de diciembre de este año conmemoran las naciones sudamericanas el primer centenario de la muerte del Padre de la Patria, Libertador Simón Bolívar.

La República de Colombia constituida en el Congreso de Angostura el 17 de diciembre de 1819, quedó formada por los departamentos de Venezuela, Guandamarca y Quito.

Ese había sido el sueño dorado de Bolívar que realizó en Angostura cuando, después de comparecer ante el Congreso y hacer la relación de las brillantes jornadas que sellaron la independencia, fue presentado el proyecto que culminó en la ley respectiva. «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela, decía el mismo Bolívar al Congreso, es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de libertad de América del Sur.»

CAPITULO I

El Congreso admirable—Bolívar renuncia el poder

Inicióse el año funesto de 1830 bajo los más tristes augurios para la patria, pues el movimiento separatista de Venezuela, y como consecuencia la disolución de la Gran Colombia, era inminente; la tranquilidad interior estaba amenazada también y el pesimismo o desconfianza de todos en la salud de la patria hacía a priori ineficaz la labor del Congreso para cuya instalación se esperaba en Bogotá la llegada de Bolívar.

El 16 de enero hizo el Libertador su entrada en Bogotá y aunque en apariencia no había cambiado el antiguo ceremonial consagrado al Hijo de la Victoria que a la corona de sus glorias añadía ahora las de fundador de tres nuevas naciones, se notaba la falta de sinceridad y el júbilo espontáneo de otros tiempos.

«Cuando Bolívar entró a Bogotá, dice el testigo presencial Posada Gutiérrez, yo vi algunas lágrimas derramarse. Pálido, extenuado, sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda apenas perceptible; los perfiles de su rostro, todo, en fin, anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo y el cercano principio de la vida inmortal.»

El 20 de enero instaló Bolívar el Congreso que llamó Admirable por las óptimas esperanzas que abrigaba sobre la labor de esa augusta asam-

blea a la que asistieron los hombres más eminentes de la época y que fue presidida por el general Sucre.

En el primer mensaje que dirigió al Congreso hace renuncia del poder. «Libradme, decía, del baldón que se me espera si continúo ejerciendo un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición.» Y al pueblo decía: «Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado.»

Son conocidos los ofrecimientos que de la corona monárquica hicieron a Bolívar sus aduladores y las gestiones que el Consejo de Ministros hizo con el Cuerpo Diplomático para realizar la idea. Conocemos también el rechazo reiterado que de tal proyecto hizo el Libertador «con la indignación del más fiero republicano.»

Con todo, esa era la principal arma esgrimida por los enemigos de Bolívar para perderlo. «Los mismos que aspiran al mando se han empeñado en arrancarme de vuestro corazón, atribuyéndome sus propios sentimientos, haciéndome parecer autor de proyectos que ellos han concebido, representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos me han ofrecido más de una vez.» Así hablaba a sus amigos.

Pero en el seno del Congreso ardía todavía la llama del patriotismo y la veneración hacia el hombre que, cansado de la guerra y del gobierno, había servido veinte años a la causa de los libres. Lo demuestran las bellas palabras que, en respuesta a su mensaje, le dirigió: «Por lo que hace a vuestra reputación, ella no puede sufrir menoscabo por las calumnias de vuestros detractores.

La existencia de esta Asamblea es la respuesta más victoriosa a todas ellas. Continúad, señor, preservando a Colombia de los horrores de la anarquía.....y vuestro nombre aparecerá más resplandeciente y más puro cuando el buril de la historia haya grabado en sus páginas que todo lo pospusisteis, todo lo sacrificásteis a la felicidad de vuestra patria.»

Las enfermedades adquiridas en las campañas del Sur y que día a día minaban la preciosa existencia de Bolívar, terminaron por arrancarlo definitivamente de la vida pública y contrariedades del gobierno el 2 de marzo.

Antes de separarse del poder dictó el decreto por medio del cual nombró al general Domingo Gaicedo presidente interino del Consejo de Ministros para que entrara a ejercer el poder ejecutivo. El Congreso se había excusado de hacer el nombramiento temiendo y previendo las grandes calamidades que venían sobre la patria con la separación de su Libertador.

Se retiró en seguida a la finca de Fucha, de propiedad del general Gaicedo, y éste se encargó el mismo día del poder.

CAPITULO II

Ataques al Libertador—Iniciase la separación de Venezuela

Por aquellos días los sucesos de Venezuela vinieron a exteriorizar el odio profundo que fermentaba allí contra el más grande de sus hijos a quien se creía causa de todos los males que aquejaban dicha provincia. Hábilmente explotados estos odios por los que veían en Bolívar un rival, cul-

minaron con la determinación de separar a Venezuela de la Nueva Granada, determinación que pudo conocerse de antemano.

El coronel Vargas, comandante del batallón Boyacá acantonado en Riohacha, traicionó a su patria y se pasó a Maracaibo con su tropa para apoyar la revolución de Venezuela.

Ni la fuerza, ni las razones podían tener el secreto o la virtud de atajar la determinación de un pueblo que se creía víctima de la ambición de Bolívar y a quien se consideraba, en su propia tierra, como el hado maléfico, precursor de toda desgracia.

Así, no llegó a conclusión práctica una junta de notables habida en casa del presidente Gaicedo a la que asistió el Libertador, y casi todos los concurrentes opinaron, a pesar de contrariarle, que se debía dejar a Venezuela dueña de sus destinos. No se tomó resolución alguna y se resolvió esperar!

También en Bogotá el prestigio de Bolívar disminuía cada día merced a las artes de sus enemigos. Sus errores de gobernante se consideraban en la opinión pública como crímenes contra la libertad. En tan terribles momentos de abandono y persecución, siente renacer en su alma la ambición del mando, instigado por los que le rodean y da pasos para que sus leales del Congreso le elijan presidente de la República y vicepresidente a Gaicedo, quien ejercía el poder, encargándose él, según decía, del mando en jefe del ejército para sostener al gobierno y mantener la integridad de Colombia.

Pero Bolívar tuvo que gustar en esta ocasión la amargura de saber que amigos leales del Congreso se oponían a sus deseos porque consideraban como el mayor mal para su persona, dados el abatimiento de su cuerpo y de su espíritu, una

reelección que haría recrudescer el coraje de sus perseguidores.

Las explicaciones de Gaicedo, Herrán y Barral serenaron su espíritu y pidió a sus amigos desistieran de su propósito reconociendo que el bien de la patria le exigía el sacrificio completo de su separación. Esto sucedía en los últimos días de abril.

CAPITULO III

Forma el propósito de salir del país—Demostraciones de afecto que recibe

Una vez más decepcionado, formó el propósito de abandonar estas naciones, obra de su genio, y buscar en Francia o Inglaterra la quietud que su ánimo cansado reclamaba. Comunicó su determinación al Congreso y a los suyos.

Amigos y enemigos acogieron complacidos esa determinación: aquéllos por su salud y tranquilidad, aunque lamentaban con sinceridad la ausencia del Padre de la Patria; éstos por el temor que abrigaban de que recobrará su prestigio.

Obedeciendo el Congreso los dictados de la justicia expidió su célebre decreto con que le presentó el tributo de gratitud y veneración de los colombianos a que le hacían acreedor sus relevantes méritos y sus heroicos servicios a la causa de la emancipación americana.

El decreto mencionado daba a Bolívar el dictado de el primero y mejor ciudadano de Colombia; ratificaba el decreto de la legislatura del año 23 que le reconocía una pensión vitalicia de \$ 30.000 al año, mandando al ejecutivo dar estricto cumplimiento a tal disposición.

A pesar de eso, carecía de recursos para el

viaje proyectado; su vajilla de plata le produjo \$ 2.535 y con la venta de algunas alhajas y de sus caballos y de algunos otros objetos de su propiedad, alcanzó a reunir la suma de \$ 17.000 que en verdad no le permitiría vivir mucho tiempo cual convenía a la dignidad de los pueblos por él emancipados.

El 7 de mayo, víspera de su viaje, presencié Bogotá el escándalo de la insurrección del batallón Granaderos y del escuadrón Húsares de Apure, mandado el último por el general Portocarrero, venezolano.

Quiso Bolívar calmar personalmente a los rebeldes pero el vicepresidente no se lo permitió temiendo fuera víctima de ultrajes. Aquéllos desfilaron el mismo día por las calles de Bogotá hacia Venezuela, siendo este el fin perseguido con su insurrección.

Buen número de estudiantes estacionados en el palacio de la Corte de Justicia habían ensayado su puntería en el retrato de Bolívar colocado en dicho edificio y pretendían impedir el viaje de éste. Fue necesario que una compañía de granaderos y varios personajes del gobierno vigilaran aquella noche la casa donde se albergaba para prevenir un desacato.

Pero toda la sociedad no obraba de esa manera: A la voz alentadora del Congreso se unió la de dos mil ciudadanos de la capital encabezados por el vicepresidente, el arzobispo y los ministros, por medio de manifestación escrita en la cual le significaban su adhesión inquebrantable. Esa manifestación le fue presentada el día de su partida por el vicepresidente y Bolívar la agradeció emocionado.

También el obispo de Quito y un número apreciable de ciudadanos de esa hidalga ciudad,

hicieron llegar por aquellos días a las manos del héroe abatido por la ingratitude, sendas manifestaciones de adhesión y amor. «Venga usted, le decían, a vivir en medio de nosotros y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al genio de América, al libertador de un mundo.» Pero la generosa hospitalidad que le brindaban los quiteños no fue aceptada por el propósito firme de alejarse de la patria.

CAPITULO IV

El viaje de Bolívar—Negra ingratitude de Venezuela

Amaneció el 8 de mayo, día de la partida. Emocionado el Libertador se despide de los amigos que le rodean; toma el caballo «con los ojos humedecidos, tembloroso el cuerpo y palpitante el corazón» y sale, para no tornar nunca, de la ciudad, que en días mejores temblara de emoción en presencia del sol esplendoroso de la Victoria, del hijo predilecto de la gloria.

Miembros del cuerpo diplomático, ministros del despacho y agentes del gobierno, buen número de militares y algunos amigos particulares le acompañaron en las primeras leguas de la vía dolorosa que emprendía.

El congreso separatista de Venezuela, reunido a la sazón en Valencia, hacía llegar mensajes al gobierno de Bogotá en los que exteriorizaba deseos de entrar en arreglos con Nueva Granada bajo la base del reconocimiento de su independencia, pero con la condición de no permitir al general Simón Bolívar su permanencia en el suelo de Colombia por ser causa de todos los males y enemigo de todas las libertades.

Contrista el ánimo pensar en el refinamiento

de la venganza y el odio a que llegaron los diputados del congreso de Valencia contra Bolívar. Excedieron todo límite Ramón Ayala, Angel Quintero, Alejo Fortique, Juan José Osío, Juan Evangelista González y José Luis Gabrera. Llegaron hasta proponer que se declarara fuera de la ley a Bolívar si llegaba a tocar las playas de Venezuela en su viaje emprendido. La suprema ingratitud de los conterráneos del grande hombre había llegado a excesos inauditos.

Mas no se crea que todos los venezolanos eran perseguidores de Bolívar. Nó. En los cantones de Riochico, Orituco, Ghaguaramas, Galabozo, Ocumare habíanse celebrado manifestaciones espontáneas a favor de la integridad de Colombia y a favor de su Libertador y del congreso de Bogotá, desconociendo el gobierno revolucionario de Venezuela y su congreso. Pero el número de los leales era menor.

Siguió Bolívar la penosa ruta del Magdalena recibiendo a su paso la ovación calurosa y espontánea de los pueblos ribereños, sobresaliendo Honda y Mompós. En esta última ciudad, cuna de próceres ilustres, recibió un homenaje digno de él. Pero al gozo producido por la vista del Libertador, seguía la íntima tristeza que despertaba el agotamiento físico del héroe.

El 24 de junio entró Bolívar a Cartagena después de haber intentado recuperar sus fuerzas por algunos días en el pueblo de Turbaco a donde llegó casi sin aliento.

La noble ciudad se vistió de gala y abrió sus puertas generosa con el mismo entusiasmo delirante con que hubiera recibido al vencedor después de la jornada de Boyacá.

La ciudad heroica, por su amor al Libertador rehusaba aceptar la nueva constitución y las nue-

vas autoridades nombradas por el Congreso, pero los consejos y persuasión del egregio varón transaron las dificultades y Cartagena juró la Constitución expedida por el Congreso.

La intención del héroe proscrito era embarcarse inmediatamente; en efecto, su mayordomo y su criado llevaron a bordo, de un barco, listo a partir, el equipaje de su señor y se embarcaron. El tomaría su puesto cuando la navé se hallara fuera de la bahía. Pero en la remontada sufrió la embarcación una avería, lo que determinó la espera de la fragata Shannon que llegaría a pocos días.

Pero la Providencia había determinado de modo muy diverso las circunstancias y aun cuando la fragata Shannon llegó, como estaba anunciado, hubo inconvenientes que impidieron la partida de Bolívar.

CAPITULO V

Bolívar en Cartagena—Asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho



Bolívar se instaló en una habitación al pie de La Popa. Su salud no mejoraba y muchas veces le hacía aparecer meditabundo, solo y silencioso. Allí se hallaba, entregado a sus meditaciones, cuando el primero de julio por la noche supo el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, el primero de sus generales y el mejor de sus amigos. Esta desgracia tan grande para la patria arrancó la última esperanza que pudiera abrigar el corazón de Bolívar sobre la salud de ella.

Esa noticia, el golpe moral más acerbo que recibió el corazón de Bolívar al final de su vida, le anonadó y abatió lo indecible; no pudo conciliar

el sueño aquella noche y la pasó en vela. Al día siguiente amaneció febricitante.

Sucre, en efecto, encarnaba la única posibilidad de mantener la unión de los pueblos de Colombia. Su talento, su lealtad al Libertador, la honradez con que había acogido las ideas políticas de su jefe, hacían que éste le amara entrañablemente y fincara en él grandes esperanzas. El crimen de Berruecos atacaba directamente la misma persona de Bolívar.

Los motivos expresados determinaron a los enemigos de Bolívar a quitar de en medio a Sucre. Su existencia estorbaba sus planes y era menester eliminarlo.

Después de haber asistido al Congreso Admirable y cumplido una misión de acercamiento ante el gobierno de Venezuela, infructuosa por la mala voluntad que halló en los jefes de esa sección, pensó Sucre en regresar a Quito a unirse con su esposa e hija a quienes amaba tiernamente. La carga del gobierno de aquella provincia había sido confiada por el Libertador al general Flórez por cuanto el Gran Mariscal la había rehusado.

La última conferencia de Sucre y Bolívar verificóse en la primera semana de mayo. El Libertador no había escogido la fecha de su partida o no la había hecho conocer para evitarse el dolor de muchas despedidas y esa fue la causa para que los dos egregios capitanes no se estrechasen en íntimo abrazo el 8 de mayo, cuando Bolívar se alejó de la capital de Colombia.

Tres días después salía Sucre para Quito entregado a la profunda tristeza que le producía la suerte de Bolívar y de la patria. Antes de salir le escribió la última carta que nos muestra su bello corazón y el culto que rendía a su jefe: « Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se

había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida.... Mas no son palabras las que pueden fielmente expresar los sentimientos de mi alma respecto de usted; usted los conoce, pues me conoce desde hace mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo de que usted me conservará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré siempre merecerlo..... Reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted.»

Guánto amara Bolívar a Sucre lo dice la carta que escribió al general Flórez, ignorando los procedimientos desleales e intenciones malignas de este jefe: «.....es imposible vivir en un país donde se asesina tan cruel y bárbaramente a los más ilustres generales cuyo mérito ha producido la libertad de América..... Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío.»

CAPITULO VI

Insurrección del batallón Callao—Se exige a Bolívar que asuma el poder

En agosto de 1830 presenció el país un escándalo inaudito: la rebelión del batallón Callao que derrocó el gobierno legítimo de don Joaquín Mosquera y entronizó la dictadura militar del general Rafael Urdaneta.

Ese movimiento reprobable de un militarismo corrompido y ambicioso nos dice el estado en que se hallaban las pasiones banderizas y los males a donde puede conducir un ejército deliberante.

El presidente Mosquera, después de derrotado el ejército que le sostenía y de hacer al vencedor cuantas concesiones pidió sin que fueran suficientes a calmar sus pretensiones, no contando con la fuerza de las armas, tomó el camino que la dignidad le indicó: hizo dejación del poder y salió del país; el vicepresidente Caicedo se retiró a su hacienda del Saldaña.

El batallón Gallao era el baluarte del partido boliviano y se enfrentaba al batallón Boyacá que garantizaba las ideas de los exaltados enemigos de Bolívar. Era también el sostén del presidente Mosquera.

Los promotores de la rebelión del Gallao, entre los cuales se contaba el general Urdaneta, como se supo después, buscando un pretexto que disculpara su pérfida conducta contra la legitimidad y la ley, acordaron el 2 de septiembre confiar el mando supremo a Bolívar y le enviaron comisionados a Cartagena a comunicarle esa determinación. En su ausencia depositaron el poder en manos de Urdaneta por medio de un acuerdo que apareció firmado aun por consejeros que no habían asistido a la sesión.

Acontecimientos semejantes sucedían en Cartagena a favor de la integridad de Colombia, como los había habido en el Socorro. Se pretende llamar nuevamente al poder a Bolívar. El acta firmada en Cartagena el 2 de septiembre acordaba exigir al gobierno el cambio de ministerio, el destierro de los comprometidos en la conspiración del 25 de septiembre y la persecución de los asesinos del general Sucre.

Los comisionados de la facción que derrocó al gobierno legítimo de Mosquera llegaron a Cartagena en cumplimiento de su encargo ante Bolívar, quien les recibió amablemente el 17 de septiembre.

Ni el acta del Cabildo de Bogotá, ni la carta de Urdaneta, ni las comunicaciones de numerosos amigos de la capital y de otras poblaciones, ni los discursos y alarmantes noticias de los dos comisionados, ni las exigencias insistentes de los cartageneros tuvieron la virtud de inclinar la voluntad de Bolívar a la aceptación del mando que le brindaban. Parecía extinguido en su ánimo definitivamente el deseo de gobernar.

Digna del héroe caído era la razón en que fundaba su repulsa: «mi gloria se compromete si acepto el mando haciéndome cómplice de una revolución que no puede dar buenos resultados. Yo he sido calumniado por simples sospechas, cuánto más lo seré recogiendo por unos días el fruto de una transformación que no durará, pues someter por la fuerza los departamentos de Venezuela y Ecuador es imposible.»

Desesperación y enojo causó la repulsa de Bolívar a aceptar el poder que le brindaba la anarquía triunfante y fueron menester las reiteradas exigencias de sus amigos para que contestara la nota de Urdaneta: «Tan lamentables sucesos, decía en su respuesta, han conturbado mi ánimo más profundamente que nunca porque he visto sufrir a mi patria los horribles azotes que pueden afligir a una sociedad civil.»

Ante su repulsa el prefecto de Cartagena convocó una nueva junta de notables, la que se decidió a reconocer el gobierno de Urdaneta «a fin de conservar el orden y evitar los desastres que traería a todos la disolución de la República.» Se convocó para el siguiente día una reunión de todos los elementos de la ciudad para insistir por última vez ante el Libertador a fin de que se pusiera al frente del gobierno.

Los ardientes y patrióticos sentimientos de García del Río, síndico municipal, en la última manifestación al Libertador, le conmovieron profundamente pero no le hicieron cambiar de resolución. «He ofrecido, les contestó, en una proclama que acaba de ver la luz pública, que serviré al país en cuanto de mí dependa, como ciudadano y como soldado. Pero decid a vuestros comitentes que por respetable que sea el pronunciamiento de los pueblos que han tenido a bien proclamarme jefe supremo, sus votos no constituyen aquella mayoría que sólo pudiera legitimar un acto semejante en medio de la anarquía espantosa que por todas partes nos envuelve.»

Semejantes ideas expresaba en sus cartas de esos días a sus amigos. Es injusta a todas luces la inculpación que se le hace de haber patrocinado la insurrección.

Al doctor Estanislao Vergara, ministro de lo interior, le decía: «No mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuído en la menor cosa a esta reacción ni he comprometido a nadie a que la hiciera. Bogotá no es mi teatro ni los militares granadinos me sostienen, mucho menos los facciosos asesinos y traidores que ocupan puestos militares y rodean las autoridades.»

Pero la última razón que compendia todas sus excusas y explica su negativa de aceptar el poder que le brindan como al único hombre capaz de restablecer el orden en medio de la anarquía, la expresa en la carta al señor Vergara: «No espero salud para la patria. Este sentimiento, o más bien esta convicción íntima ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación.»

Con tan mortal respuesta quitó Bolívar la es-

peranza que los colombianos abrigaban de verlo empuñar las riendas del gobierno para salvar el país. Todas las provincias de Nueva Granada, menos Pasto, Buenaventura, Casanare y Riohacha, se habían pronunciado por él y clamaban por su gobierno. Pero Bolívar no podía dar un paso más allá de la barrera infranqueable del derecho que habían violado los revolucionarios, conculcando la constitución. Así, pues, siguió sin detenerse su camino hacia su fin.

En aquellos días recibió señaladas muestras de estima y veneración por parte del Ecuador y de Bolivia. Al paso que de Venezuela se recibían casi a diario papeles que ofendían a su libertador con viles calumnias, el congreso de Quito le proclamaba Padre de la Patria; mandaba colocar su retrato en todas las oficinas públicas; que el día de su natalicio se celebrara como fiesta nacional y se le reconocían todos los títulos y honores discernidos por el Congreso de Colombia.

Por parte de la República de Bolivia recibió también, y por conducto de su presidente, otra muestra del grande aprecio y gratitud que allí se le guardaba: El Mariscal Santacruz al tener noticia del viaje de Bolívar para Europa le nombró plenipotenciario ante la Santa Sede.

CAPITULO VII

Bolívar se traslada a Barranquilla—Diario de Vallarino

Las instancias y exigencias rayanas en necesidad para que aceptara Bolívar el poder ofrecido por la revolución triunfante, cansaron, con sus enfermedades, su espíritu y resolvió abandonar a Cartagena a fines de septiembre y se retiró a la villa de Soledad y de allí a Barranquilla donde per-

maneció los meses de octubre y noviembre sin recuperar la anhelada salud.

Durante su estancia en Barranquilla no ocurrió suceso político que turbara su retiro. Allí fue a visitarle don José Vallarino, personaje que se destacaba en la política del Istmo y que escribió su diario o sea el relato de las impresiones que le dejaron tres visitas al Libertador en los días 10, 11 y 12 de noviembre. En el diario de Vallarino encontramos las opiniones del Padre de la Patria sobre las ocurrencias políticas de aquellos tiempos y sobre varios personajes notables de la época.

En ese escrito hallamos la siguiente pintura del héroe abatido: «Advertí en la fisonomía de Su Excelencia mucha languidez. Sus ojos se fijaban y no brillaban como siempre y del lagrimal le vertía con alguna frecuencia, un humor que se limpiaba cuando lo sentía descender; su cuello estaba un poco hundido entre los hombros; la espalda algo cargada; el pecho un tanto fatigado. Una tos tenue pero bastante frecuente; tardó en discurrir y sus pasos vacilantes.»

Su humor no era como en otro tiempo festivo; al contrario, frecuentemente se le notaba malhumorado por contrariedades insignificantes. El mismo reconocía que su estado de salud le ponía intolerante cuando no acertaban a complacerlo.

Los edecanes y amigos que le acompañaban advertían en él un decaimiento de espíritu que nunca habían notado. Greía, a pesar de eso, que no estaba enfermo y se molestaba cuando le preguntaban por el estado de su salud. Para sus paseos era necesario tomarle del brazo porque las fuerzas le faltaban ya.

Fue entonces cuando el pequeño grupo de amigos que le rodeaban pensó seriamente en la suerte del grande hombre cuyo deseo único consis-

tía en terminar su agitada vida en Europa. Mas para realizar su anhelo le faltaban los recursos.

El general Montilla creyó que Santa Marta era el lugar más apropiado por su tranquilidad y clima suavizado por las brisas del mar, para llevar al Libertador. Logró interesar en el asunto al noble y acaudalado español don Joaquín de Mier, dueño de varias propiedades en aquel puerto y quien ofreció la más generosa hospitalidad que fue aceptada sin demoras por Bolívar.

Uno de los más leales acompañantes del Libertador, el coronel Belford Wilson, escribía el 27 de noviembre una carta que nos da idea exacta del lamentable estado de su salud: «Su Excelencia embarcará mañana para Santa Marta..... Su salud está muy quebrada; no le queda vida para recorrer la mitad del camino que le separa de Bogotá.»

El señor de Mier envió de Santa Marta, tan pronto como su ofrecimiento fue aceptado por el Libertador, el bergantín *Manuel*, de su propiedad, para conducirlo hasta aquella ciudad en unión de sus amigos: generales Mariano Montilla, José María Garreño, Laurencio Silva; doctor Manuel Pérez Recuero; sus edecanes José de la Cruz Paredes, Belford Wilson y Andrés Ibarra; comandante de las milicias de Barranquilla, Juan Glen; comandante de la guardia del Libertador, Lucas Meléndez; teniente de la misma guardia, José María Molina y teniente Fernando Bolívar, sobrino del héroe.

El 28 de noviembre se dio a la vela la comitiva y el primero de diciembre, a las siete y media de la noche arribó a las playas hospitalarias de la ciudad de Bastidas.

CAPITULO VIII

Bolívar en Santa Marta—Empeora su salud

Al desembarcar no pudo valerse ya de sus miembros; fue menester trasportarlo en silla de manos a la casa (antiguo Tribunal de Comercio) que se le había preparado. Todo el pueblo acudió a la playa y en medio de vítores y alegría lo acompañaron a su alojamiento. Haciendo esfuerzos sonreía el recién llegado para corresponder a las aclamaciones y afecto del pueblo.

El único médico que vivía entonces en Santa Marta era el doctor Alejandro Próspero Révérend, francés, nacido en Falaise, pueblo de Normandía, entusiasta republicano que había buscado desde 1824 en nuestra patria la libertad que temía perder en Francia con la restauración de los Borbones. Inmediatamente después de desembarcar la comitiva y alojar al enfermo, el general Montilla llevó al doctor Révérend para que le prestara sus servicios profesionales.

Triste impresión produjo en el galeno la presencia de aquel Genio de la Guerra reducido ya a la impotencia. Oigámosle :

«Introducido por el general Montilla cerca del ilustre enfermo cuyo rostro pálido, enflaquecido, cuya inquietud y agitación continua en la cama indicaban violentos padecimientos, me sentí fuertemente conmovido y no me fue difícil conocer, a la simple vista, lo grave de la enfermedad. Por el rango y prestigio del sujeto se acrecentaban en mi ánimo las dificultades para emprender una cura que me parecía tan asombrosa. Me alentó algo el modo benigno con que me trató el Libertador.....»

El Libertador siempre fue enemigo de consultar médicos y de drogas. Tal vez a esta repugnancia

cia natural que sentía por los remedios y la medicina se debió la gravedad de su enfermedad en que le encontró Révérend. Mas en estos supremos momentos el instinto de la conservación vencía las repugnancias y prejuicios y demostró gran confianza en los cuidados del médico y fundadas esperanzas de recobrar la salud.

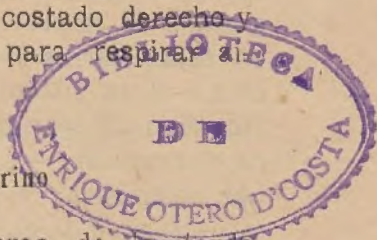
Hallábase en Santa Marta, por casualidad, el doctor Mac-Night, cirujano de la goleta de guerra *Grampus*, de la marina norteamericana, anclada a la sazón en el puerto. Para obrar con seguridad en el diagnóstico y tratamiento, Révérend pidió la colaboración de aquél y aunque parece que no estuvieron de acuerdo sobre la enfermedad dominante del paciente, pues el primero creyó en una afección pulmonar, mientras que Mac-Night se decidió por el paludismo, acordaron un método curativo consistente en expectorantes, narcóticos y «una pequeña dosis de sulfato de quinina.» Este tratamiento fue convenido el 2 de diciembre.

Pero dificultad costaba que el enfermo aceptara con agrado los remedios y aún rehusaba tomar los mismos alimentos. Muy poco dormía y deliraba con alguna frecuencia. Pocos días después se quejó de dolor en el pecho y costado derecho y manifestó deseos de ir al campo para respirar aire más puro.

CAPITULO IX

En San Pedro Alejandrino

El 6 de diciembre en las horas de la tarde fue trasladado Bolívar a la hacienda de San Pedro Alejandrino, propiedad del señor de Mier, situada a orillas del río Manzanares y distante una legua de la ciudad. Era necesario satisfacer prontamente sus deseos mientras se le alistaba alojamiento en otra finca de clima más templado.



Hicieron compañía al enfermo en su traslado a la hacienda de San Pedro Alejandrino, que efectuó en coche, el señor de Mier y su esposa doña Isabel Rovira, distinguida dama caucana que en representación del bello sexo cumplimentó por última vez al héroe que en toda ocasión tuvo la más fina deferencia y cortesía para con la mujer.

Momentáneamente brilló una luz de esperanza en la salud del Libertador, pues el traslado al campo prodújole reacción favorable y amaneció contento después de pasar buena noche y tomó un baño tibio.

Pero el médico no se forjaba ilusiones ni abrigaba esperanzas a pesar de aquella reacción consoladora para los amigos de Bolívar que rodeaban el lecho. El mismo confiaba poder trasladarse a la Sierra Nevada en breves días, y al efecto, y para complacerlo, el general Sardá se encargó de construirle una choza en el pueblecito de Masinga, de temperatura fresca.

En el curso de la enfermedad su temperamento era intolerante en veces, como se ha dicho, pero tenía momentos de encantadora jovialidad, sobre todo con el doctor Révérend. Gierto día preguntóle de improviso:—Y usted qué vino a buscar en estas tierras?—La libertad, le contestó el médico.—Y la encontró usted?—Sí, mi general.—Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado.—Y en efecto, el padre de la libertad americana; el que había roto las cadenas de la esclavitud y el vasallaje, agonizaba, perseguido en las lejanas playas del Caribe!

Esas conversaciones del enfermo eran acaso brotes de sus meditaciones en que parecía de continuo abstraído o tal vez impulsos y efectos de la fiebre que le consumía. Otra vez, llamando a su mayordomo y con voz entrecortada, dijo: «Vámo-

nos, vámonos!..... Esta gente no nos quiere en esta tierra..... Vámonos, muchachos.....! Lleven mi equipaje a bordo de la fragata.»

Varias veces en su enfermedad manifestó al médico sus simpatías por Francia y sus deseos de retirarse a ese país a pasar tranquilo el resto de su agitada vida de soldado. Le atraía de aquella nación la libertad que ya se disfrutaba allí.

En los días 8, 9 y 10 de diciembre pareció empeorar la salud del enfermo, pues se presentaron nuevos síntomas como calor en la cabeza, frío en las extremidades, hipo frecuente, dolor mas agudo al pecho, mayor desvelo y poca lucidez en sus facultades intelectuales; se quejaba con frecuencia, y a quien le preguntaba si sentía algún dolor le respondía negativamente, agregando que tenía la manía de quejarse.

Esa reunión de síntomas constituían ya un presagio funesto y alarmaron justamente al médico y compañeros. En tan criticos momentos rogó el general Montilla al médico que noticiara al Libertador de su estado para que arreglase sus negocios espirituales y temporales, pero el doctor rehusó cumplir tan triste misión.

CAPITULO X

Bolívar se dispone a morir—Sus últimas disposiciones

Fue el Ilustrísimo señor José María Estévez, obispo de Santa Marta, quien cumplió aquel sagrado deber, llamado por Montilla.

La presencia y palabras del Prelado alarmaron al Libertador causándole también molestia, pues preguntó al médico: «qué es esto, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?»

Pero el doctor Révérend logró tranquilizarlo y habiéndole concedido tiempo el señor obispo para entregarse a la oración y examinar su conciencia, recibió en la tarde del 10 de diciembre los auxilios espirituales con que la religión católica fortalece y prepara a sus hijos para el supremo momento de la vida.

El doctor Révérend en su opúsculo sobre el sacerdote que administró los últimos sacramentos al Libertador, sostiene que fue el cura de la aldea de Mamatoco, de nombre Hermenegildo Barranco, quien cumplió aquel deber de su ministerio.

Esa afirmación tan categórica de testigo presencial ha sido infirmada por el señor Juan Ujueta, testigo presencial también, quien relata, en carta dirigida al historiador Groot, la ceremonia de la comunión que recibió Bolívar de manos del obispo Estévez, a las 6 de la tarde del 10 de diciembre. La relación de Ujueta que presenció lo que afirma, desde la puerta de la alcoba donde permaneció arrodillado viendo al enfermo y al obispo mientras éste le daba la comunión, pinta detalles tan minuciosos, que por esto, sin duda, ha sido acogida por los historiadores de mayor fama como Restrepo, Larrazábal, Groot, Acosta de Samper y otros.

Después de la confesión rogó el Libertador al obispo escribiera la alocución que deseaba dirigir a los colombianos, dictándola casi íntegra y corrigiéndola hasta por tres veces.

Después de recibido el sagrado viático siguió una escena solemne y conmovedora que hizo verter lágrimas a varios de los asistentes: Aquellos egregios militares y ciudadanos a quienes cupo en suerte acompañar en sus últimos días al Libertador, rodean la butaca donde se halla; colócase en medio de ellos, al lado del moribundo, el notario

Catalino Noguera y comienza a leer la alocución o testamento político del Padre de la Patria. La emoción y las lágrimas ahogan su voz en la garganta y es necesario que termine la lectura el doctor Recuero, auditor de guerra y marina.

Nadie podría pintar la profunda tristeza que cubre el rostro y embarga el corazón de aquellos veteranos familiarizados con la muerte en mil combates. Termina la lectura, y al pronunciar las palabras: *yo bajaré tranquilo al sepulcro*, se oye otra voz cavernosa, que hizo estremecer a los asistentes: «sí, al sepulcro.....es lo que me han proporcionado mis conciudadanos.....pero yo los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.»

Era el Libertador que dejaba entrever la amargura que inundaba su alma en esos sublimes momentos: la persecución de sus enemigos; el ostracismo decretado por el congreso de Valencia, la anarquía reinante, las ambiciones insaciables, todo ese conjunto de pasiones y los males consiguientes que amenazaban la patria, atormentaban su espíritu y en medio de su cruel sufrimiento quería consolarse con la idea de la unión de los colombianos.

El mismo 10 de diciembre otorgó su testamento que contiene pocas disposiciones y nos dice los escasos bienes de fortuna de que disponía, heredados, fuera de algunas alhajas, de sus mayores.

Dispuso también entregar a las llamas algunos papeles contenidos en tres baúles que había depositado en poder del señor Pavajeau, comerciante de Cartagena, quien estaba comisionado para remitírselos a Francia. Entre mis papeles, dijo, hay comprobantes de la mala fe e infamia de los que han perseguido mi reputación; deseo destruir-

los para que su publicación no cause algún día nuevos males a mi patria.

El 11 firmó Bolívar la última carta dirigida al general Justo Briceño aconsejándole su reconciliación con Urdaneta para evitarle males a la patria.

CAPITULO XI

Últimos momentos del Libertador

En los días siguientes, según el diario del doctor Révérend, la enfermedad hacía progresos alarmantes; el paciente muestra mayor repulsión por las medicinas y en sus conversaciones deja ver el poco efecto que le hacen y la inutilidad en tomarlas.

El aniquilamiento del cuerpo no podía ser mayor: el 15 de diciembre quiso el Libertador descansar en la hamaca y como no hubiese ninguna persona que ayudara a colocarlo en ella, hubo de tomarlo Révérend en sus brazos. «Greyendo, al levantarlo, dice, que yo iba a suspender un peso considerable, hice tal esfuerzo que por poco me voy de espaldas con un cuerpo que acaso no pesaba arriba de dos arrobas.»

Amaneció el último día de la vida del Libertador Simón Bolívar. Fue menester que el médico se ausentara a las 9 de la mañana para atender al señor obispo cuya salud no era buena.

«Quando volví, dice el doctor Révérend, conocí que se iba acercando la hora fatal. Me senté en la cabecera teniendo en mi mano la del Libertador que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba en su noble rostro. Quando comprendí que la muerte era inminente llamé a los generales, amigos y edecanes que componían su séquito.»

A la 1 y 3 minutos de la tarde del día 17 de diciembre de 1830 exhaló su último aliento el Padre de la libertad americana en medio del silencio de aquella alcoba turbado solamente por los sollozos de los leales amigos que rodeaban el lecho. Un profundo recogimiento se apoderó de ellos y nadie se atrevía a romper aquel sagrado silencio que duró varios minutos.

Rara coincidencia: el 17 de diciembre de 1819 y más o menos a la misma hora, veía realizado Simón Bolívar el sueño de su vida y premiados sus sacrificios con la formación de la gran República de Colombia decretada por el congreso de Angostura. Esa república expiraba con su fundador. Las ambiciones de Páez y las ambiciones de Flórez habían roto los vínculos que unieran los tres pueblos hermanos, hijos del genio de Bolívar.

CAPITULO XII

Autopsia—Últimos honores

Cuatro horas después del fallecimiento de Bolívar dio principio el doctor Révérend a la autopsia del cadáver. De ella sacó en conclusión que la enfermedad que ocasionó la muerte del Libertador fue un catarro pulmonar descuidado en un principio por lo que degeneró en la tuberculosis que causó la muerte.

Pero el estudio científico hecho por eminentes médicos del diario llevado por el facultativo que le asistió en los últimos diecisiete días de su vida y según los adelantos actuales de la medicina, concluye que la causa de la muerte fue una intoxicación a consecuencia de los vejigatorios de cantáridas que le aplicó el doctor Révérend. Este tratamiento de curación estaba en boga en aquellos tiempos en que los adelantos de la ciencia eran

insignificantes. Luego, la medicina moderna nos dice que la enfermedad que causó la muerte del Libertador fue un *cantaridismo* agudo y no tuberculosis pulmonar.

El cadáver del Libertador fue trasladado a Santa Marta a las 8 de la noche del 17. En la casa de la Aduana, preparada con anterioridad, se le embalsamó y se colocó después en la sala más amplia con la pompa fúnebre de que se podía disponer. Allí quedó expuesto en cámara ardiente hasta el 20 a las 5 de la tarde.

Con toda la solemnidad de que era capaz la ciudad de Santa Marta empobrecida por las guerras desde 1810, con los honores militares prescritos para los capitanes generales y el concurso de todos los habitantes de la ciudad clasificados en los diversos gremios y corporaciones en que se dividía la sociedad, fue trasladado el cadáver a la catedral donde se celebraron los oficios fúnebres mientras las guardias militares y la fortaleza de El Morro hacían las descargas de ordenanza.

Después de la solemne ceremonia religiosa fue depositado el cadáver en una bóveda de la catedral donde debería permanecer doce años hasta que Venezuela reparó la negra ingratitud que aceleró la muerte del más esclarecido de los americanos, llevando a Caracas los sagrados despojos, según disposición testamentaria del héroe y del mártir.

CONCLUSION

Guarenta y siete años, cinco meses y veintitrés días duró la vida del Libertador de cinco naciones, de aquel hombre que, colocado al lado de los grandes conquistadores de la humanidad, los aventaja a todos. En él brilló siempre la chispa del genio que vencía obstáculos, destruía enemigos y creaba pueblos. Nadie como él conoció a los hombres. Nunca tembló ante los peligros, ni le deslumbró la gloria, ni le impresionó la lisonja o la ruindad humanas. Con cuánta razón ha dicho Rodó: «Pocos hombres vivieron en el torbellino de la acción vida tan bella; ninguno murió, en la paz de su lecho, muerte más noble.»

El nombre de Bolívar será pronunciado con veneración hasta que aliente el soplo de la vida al último mortal. Naciones, departamentos, distritos, ciudades y aldeas, calles y avenidas, plazas y parques llevan el nombre del Hijo afortunado de la Guerra que con su espada fulgurante quebrantó las cadenas de la esclavitud desde las playas del mar Caribe hasta los riscos inaccesibles del Gurdurcunca.

La AMERICA LIBRE enmudece en este día y rinde su tributo de amor a su LIBERTADOR.

FIN

Homenaje a Bolívar

Miguel Medina y Delgado

Popayán, patria mía! ya no tienes
Al guerrero cantor, al que podía
Con fresco lauro en las gallardas sienes
Llevar tu voz en tan solemne día.
Pasó como el postrero de tus bienes,
Y el arpa que pulsaba todavía
Gáida en la montaña de Berruecos
Deja dormir los sonoros ecos.

Pero no has de callar, porque no puedes
Faltar al coro universal; tu acento
Demuestra siempre que a ninguna cedes
Ni en patrio amor ni en bélico ardimiento.
Si el cielo entre sus pródigas mercedes
Te concedió la voz, te dio el aliento,
Cánta a Bolívar, y tu canto sea
La plegaria, la música y la idea.

Canta a Bolívar! El volcán vecino
Te dé sus iris por lujosa veste;
Su verde pompa, su esplendor divino
Te dé tu valle por corona agreste,
Y el Cauca, gemidor y cristalino
Sus rumores dulcísimos te preste
Para cantar a quien fundó su gloria
En la lucha más bien que en la victoria.

Gomo del alba al plácido concierto
Une sus trinos pajarillo esquivo,
Posándose asorado en campo abierto
Sobre la copa del frondoso olivo,
Así también, pero también incierto
Quiero juntar mi cántico furtivo
A la canción, que tras de pruebas tantas,
En hora tuya a tu adalid levantas.

No ensalzaré gozoso las hazañas
Del hábil lidiador; ni al iracundo
Perseguido león de las Españas
Baldonaré con anatema inmundo.
Borradas, muertas las antiguas sañas
Voy a cantar al pensador profundo.
Al que, anteviendo los futuros días
Pudo verter dolientes profecías.

El tiempo, tardo anciano, se adelanta
Con calma inalterable que amedrenta:
Allí, de donde alzó la ruda planta,
Nunca otra vez solícito la sienta.
Trae la aurora que brillando encanta,
Y la noche de fúnebre tormenta:
La dócil cuna cuelga a su costado
Y en sus hombros el féretro enlutado.

Y trajo, perezoso, del Oriente
Que luz y aromas y calor exhala,
Un nuevo sol cuyo fulgor ardiente
A América feliz vistió de gala:
Con él el tiempo coronó la frente
De un niño lacrimoso que resbala
Sobre la frágil cuna, y que debía
Cernerse como el águila, algún día.

Tú eres, Bolívar, el lloroso infante:
Y el sol que presidió tu nacimiento
Es también este sol que va adelante
Como eterno reloj del firmamento.
Si ha pasado ya un siglo, es un instante
Para el nombre inmortal: es un momento
De vida para ti, y es en tu gloria
La página primera de tu historia.

Al lento retornar de los estios
Más ancha huella tus acciones dejan,
Como el raudal acrece de los ríos
Cuando del claro manantial se alejan.
Los que a ti te abrevaron con desvíos
En su rencor infatigable cejan,
Y buscan honra y pasajero lustre
En el recuerdo de tu vida ilustre.

La Historia nada dice si avalora
Un recuerdo fugaz, y lo que alcanza
Quien los favores de una sombra implora
Y tras la fama con afán se lanza :
Y nada enseñará si no colora
Las figuras heroicas, y no avanza
A decir, como dice la conciencia
Dónde estuvo el error, dónde la ciencia.

Bolívar, en su noble desvarío,
Infiltró generoso con su aliento
Espíritu al espíritu sombrío
De un pueblo sin pasión ni movimiento,
Los pechos agitó, llenó el vacío ;
Derramó su fecundo sentimiento :
Recogió sus anhelos vagabundos,
Asió la espada, y separó dos mundos.

Erró la senda ? No ! Yerra la esposa,
Adorno y lumbre del hogar paterno,
Si emprende otra carrera venturosa
Con el esposo que la llama tierno ?
Yerra tal vez la inquieta mariposa
Cuando al capullo da su adiós eterno ?
Se engaña el genio que en su ardor divino
Cumple quizá providencial destino ?

Pero el bizarro, el poderoso atleta
Cuyos hechos pasmosos aplaudimos
Más que Libertador es un profeta
En la presente edad en que vivimos.
Con angustiosa inspiración secreta
Predijo las miserias que sufrimos.
Y en sus graves, tristísimas zozobras.
Lloró como los réprobos sus obras.

Cuando triunfaba en Carabobo ; cuando
En Boyacá vencía, o arrollaba
En cien batallas el opuesto bando,
El polvo del combate lo cegaba.
Mas al destello de delito infando
En su alma el porvenir se dibujaba,
Y adivinó a Colombia que se esfuerza
En desasirse de su propia fuerza.

Es fuerza la verdad, y vio, murlendo,
Entronizarse la mentida ciencia;
Es fuerza la virtud, y la vio huyendo
A la faz de frenética licencia:
Vigoriza la Unión, y el ronco-estruendo
De brusco rompimiento, a su presencia
Terrible retumbó, como retumba
La voz que clama en desusada tumba.

No fueron, Padre, no, tus intenciones
Dar la vida a raquíticos enanos,
Ni fundando retazos de naciones
Entregarlos por turno a los tiranos:
En tus hondas, sagradas ambiciones
Imaginaste libres ciudadanos,
Y una patria feliz y dilatada,
Grande en la guerra y en la paz honrada.

Ay! la nación cuya existencia escasa
Perpetua debió ser a tus empeños,
Era el cimiento sólido, la basa
De la nación gloriosa de tus sueños!....
Ella pasó, como la dicha pasa:
Y sus fracciones, como secos leños
Sin tronco ni raíces, en tributo
No dan ni sombras, ni verdor, ni fruto.

Pretender ensalzarte, y se abandonan
Al odio destructor; quieren honrarte,
Y tus estatuas múltiples coronan
Hollando tu mirífico estandarte.
De tus colores férvidas blasonan.
Y a la infamia quisieron entregarte,
Como el reo que en lúgubre demencia
Alquila su puñal y su conciencia.

Retorna oh Padre del eterno viaje:
Tus pendones pacífico enarbola
Y demanda un espléndido homenaje
De la América libre y española!
Perezca, en fin, la esclavitud salvaje,
Y de virtudes, como prenda sola,
Exige estrecha unión! La unión proclama
En desagravio de tu excelsa fama.

Repite a los Estados que formaste
Lo que les guarda el porvenir oscuro :
Díles que en tu ilusión los destinaste
A ser de nuestra raza el firme muro.
O más bien, ante el pueblo que ideaste,
Mostrando los arcanos del futuro,
Dí, con la frase que despierta y mueve,
Lo que debe esperar y temer debe.

.....
.....

Y tú no volverás ! Un siglo entero
Sobre tu cuna abandonada pesa :
Y no llega gemido lastimero
A romper el misterio de la huesa.
Moriste entre los tuyos extranjero,
Porque la ley ineludible es esa :
Mas dejaste como último legado
El camino anchuroso iluminado.

Unión, ciencia, virtud ! Tal es la alianza
Que ha de brindar riqueza y poderío
Al país que anhelaba tu esperanza
Y que se finge el pensamiento mío.
Unión, íntima unión, la unión que alcanza
De manantiales a formar un río !
La unión que las pirámides construye
Y en los secretos del poder instruye !

.....
.....

Y dónde el imposible ? No ha logrado
Más laureles la fe que la arrogancia ?
Magnánima Isabel, Colón osado,
Decidnos lo que puede la constancia !
Y tú, Bolívar, vencedor del Hado
Y ejemplo de tenaz perseverancia
Los milagros enseñanos sin nombre
De la profunda voluntad del hombre !

Dejadme delirar ! Si mi fortuna
La verdad en mis labios oscurece,

Me acojo de Bolívar a la cuna
Y Bolívar mis sueños engrandece.
Soy la menguada y vacilante luna
Y es Bolívar el sol que me enaltece.
Dejadme delirar, porque me afana
Mi desunida patria americana.

1883

Bolívar

Alfredo Gómez Jaime

Oh romántico y noble caballero :
el más bizarro paladín que airoso
ciñó la malla y esgrimió el acero.

Valiente, desprendido, generoso,
con firme audacia y singular bravura
erguiste tu figura de coloso.

Persiguiendo titánica aventura
lanzaste tu bridón hacia el ensueño
sin medir los abismos ni la altura.

Y en homérica lid triunfó tu empeño,
mas al tocar la cumbre, el desengaño
nubló tu rostro y arrugó tu ceño.

Miraste con dolor tórnarse hurano
al pueblo amante que salvó tu brío,
y en tu glorioso hogar fuiste un extraño.

En la orilla del mar, grave, sombrío,
como un águila herida que se arranca
el duro hierro de arpón bravío,

bajo la luz que en el cenit se estanca
arrojaste a las sombras de la pena
de tus ensueños la visión más blanca.

Y marcando tus pasos en la arena
repetiste al vagar meditabundo
intensa frase de amargura llena.

Y al rodar como un astro en el profundo
piélago de la muerte, conmovido
al eco de tu voz palpité el mundo.

Hoy, sobre el continente redimido,
para tu enorme pedestal de gloria,
rubio el oro se encrespa derretido
en el crisol inmenso de la Historia!

A Bolívar

Ramiro Ramírez

Padre Libertador.....el tiempo fiero
no ha manchado la luz de tus blasones:
y marcando el glorioso derrotero,
fulgen al sol tus mágicos pendones.

Eres entre los bravos el primero:
tu nombre sabe herir los corazones:
tus pupilas son rayos.....y tu acero
desbarata cadenas y legiones!

Sueñas distante de la Patria..... Un día
de los esclavos te conmueve el grito,
y tu furor al Tiempo desafia.

Muda la gloria te abre su regazo,
y—Aguila del Azul y el Infinito—
vuelas del Aventino al Chimborazo.